



XVII

AL oscurecer de aquel mismo día, que era el de Difuntos, Petra anunció á la Regenta, que paseaba en el *Parque*, entre los eucaliptus de Frigilis, la visita del señor Magistral.

— Enciende la lámpara del gabinete y antes hazle pasar á la huerta... — dijo Ana sorprendida y algo asustada.

El Magistral pasó por el patio al *Parque*. Ana le esperaba sentada dentro del cenador. «Estaba hermosa la tarde, parecía de setiembre, no duraría mucho el buen tiempo, luégo se caería el cielo hecho agua sobre *Vetusta*...»

Todo esto se dijo al principio. Ana se turbó cuando el Magistral se atrevió á preguntarle por la jaqueca.

«¡ Se había olvidado de su mentira! » Explicó lo mejor que pudo su presencia en el *Parque* á pesar de la jaqueca.

El Magistral confirmó su sospecha. Le había engañado su dulce amiga.

Estaba el clérigo pálido, le temblaba un poco la voz, y se movía sin cesar en la mecedora en que se le había invitado á sentarse.

Seguían hablando de cosas indiferentes y Ana esperaba con temor que don Fermín abordase el motivo de su extraordinaria visita.

El caso era que el motivo... no podía explicarse. Había sido un arranque de mal humor; una salida de tono que ya casi sentía, y cuya causa de ningún modo podía él explicar á aquella señora.

El Chato, el clérigo que servía de esbirro á doña Paula, tenía el vicio de ir al teatro disfrazado. Había cogido esta afición en sus tiempos de espionaje en el seminario; entonces el Rector le mandaba al *paraíso* para delatar á los seminaristas que allí viera; ahora el Chato iba por cuenta propia. Había estado en el teatro la noche anterior y había visto á la Regenta. Al día siguiente, por la mañana, lo supo doña Paula, y al comer, en un incidente de la conversación, tuvo habilidad para darle la noticia á su hijo.

—No creo que esa señora haya ido ayer al teatro.

—Pues yo lo sé por quien la ha visto.

El Magistral se sintió herido, le dolió el amor propio al verse en ridículo por culpa de su amiga. Era el caso que en Vetusta los beatos y todo el *mundo devoto* consideraban el teatro como recreo prohibido en toda la cuaresma y algunos otros días del año; entre ellos el de *Todos los Santos*. Muchas señoras abonadas habían dejado su palco desierto la noche anterior, sin permitir la entrada en él á nadie para señalar así mejor su protesta. La de Páez no había ido, doña Petronila ó sea El Gran Constantino, que no iba nunca, pero tenía abonadas á cuatro sobrinas, tampoco les había consentido asistir.

«Y Ana, que pasaba por hija predilecta de confesión del Magistral, por devota en ejercicio, se había presentado en el teatro en noche prohibida, rompiendo por todo, haciendo alarde de no respetar piadosos escrúpulos, pues precisamente ella no frecuentaba semejante sitio... Y precisamente aquella noche...»

El Magistral había salido de su casa disgustado. «Á él no le importaba que fuése ó no al teatro por ahora, tiempo llegaría en que sería otra cosa; pero la gente murmuraría; don Custodio, el Arcediano, todos sus enemigos se burlarían, hablarían de la escasa fuerza que el Magistral ejercía sobre sus penitentes... Temía el ridículo. La culpa la tenía él que tardaba demasiado en ir apretando los tornillos de la devoción á doña Ana.»

Llegó á la sacristía y encontró al Arcipreste, al ilustre Ripamilán disputando como si se tratara de un asalto de esgrima, con aspavientos y manotadas al aire; su contendiente era el Arcediano, el señor Mourelo, que con más calma y sonriendo, sostenía que la Regenta ó no era devota de buena ley, ó no debía haber ido al teatro en noche de *Todos los Santos*.

Ripamilán gritaba:

— Señor mío, los deberes sociales están por encima de todo...

El Deán se escandalizó.

— ¡Oh! ¡oh! — dijo — eso no, señor Arcipreste... los deberes religiosos... los religiosos... eso es...

Y tomó un polvo de rapé extraído con mal pulso de una caja de nácar. Así solía él terminar los períodos complicados.

— Los deberes sociales... son muy respetables en efecto — dijo el canónigo pariente del Ministro, á quien la proposición había parecido regalista, y por consiguiente digna de aprobación por parte de un primo del Notario mayor del reino.

—Los deberes sociales—replicó Gloucester tranquilo, con almíbar en las palabras, pausadas y subrayadas— los deberes sociales, con permiso de Vd., son respetabilísimos, pero quiere Dios, consiente su infinita bondad que estén siempre en armonía con los deberes religiosos...

—¡Absurdo!—exclamó Ripamilán dando un salto.

—¡Absurdo!—dijo el Deán, cerrando de un bofetón la caja de nácar.

—¡Absurdo!—afirmó el canónigo regalista.

—Señores, los deberes no pueden contradecirse, el deber social, por ser tal deber, no puede oponerse al deber religioso... lo dice el respetable Taparelli...

—¿Tapa qué?—preguntó el Deán. —No me venga Vd. con autores alemanes... Este Mourelo siempre ha sido un hereje...

—Señores, estamos fuera de la cuestión —gritó Ripamilán—el caso es...

—No estamos tal—insistió Gloucester, que no quería en presencia de don Fermín sostener su tesis de la escasa religiosidad de la Regenta.

Tuvo habilidad para llevar la disputa al *terreno filosófico*, y de allí al teológico, que fué como echarle agua al fuego. Aquellas venerables dignidades profesaban a la sagrada ciencia un respeto singular, que consistía en no querer hablar nunca de *cosas altas*.

Á don Fermín le bastó lo que oyó al entrar en la sacristía para comprender que se había comentado lo del teatro. Su mal humor fué en aumento. «Lo sabía toda Vetusta, su influencia moral había perdido crédito... y la autora de todo aquello, tenía la crueldad de negarse á una cita.» Él se la había dado para decirle que no debía confesar por las mañanas, sino de tarde, porque así no se fijaba en ellos el público de las beatas con atención exclusiva... «Debe Vd. confesar entre todas, y además algunos días en que no se sabe

que me siento; yo le avisaré á Vd. y entonces... podremos hablar más por largo.» Todo esto había pensado decirle aquella tarde, y ella respondía que... estaba con jaqueca!—En casa de Páez también le hablaron del escándalo del teatro. «Habían ido varias damas que habían prometido no ir; y había ido Ana Ozores que nunca asistía.»

El Magistral salió de casa de Páez bufando; la sonrisa burlona de Olvido, que se celaba ya, le había puesto furioso...

Y sin pensar lo que hacía, se había ido derecho á la plaza Nueva, se había metido en la Rinconada y había llamado á la puerta de la Regenta... Por eso estaba allí.

¿Quién iba á explicar semejante motivo de una visita?

Al ver que Ana había mentido, que estaba buena y había buscado un embuste para no acudir á su cita, el mal humor de don Fermín rayó en ira y necesitó toda la fuerza de la costumbre para contenerse y seguir sonriente.

«¿Qué derechos tenía él sobre aquella mujer? Ninguno. ¿Cómo dominarla si quería sublevarse? No había modo. ¿Por el terror de la religión? Patarata. La religión para aquella señora nunca podría ser el terror. ¿Por la persuasión, por el interés, por el cariño? Él no podía jactarse de tenerla persuadida, interesada y menos enamorada, de la manera espiritual á que aspiraba.

No había más remedio que la diplomacia. «Humíllate y ya te ensalzarás,» era su máxima, que no tenía nada que ver con la promesa evangélica.

En vista de que los asuntos vulgares de conversación llevaban trazas de sucederse hasta lo infinito, el Magistral, que no quería marcharse sin hacer algo, puso término á las palabras insignificantes con una

pausa larga y una mirada profunda y triste á la bóveda estrellada.—Estaba sentado á la entrada del cenador.

Ya había comenzado la noche, pero no hacía frío allí, ó por lo menos no lo sentían. Ana había contestado á Petra, al anunciar ésta que había luz en el gabinete:

—Bien; allá vamos.

El Magistral había dicho que si doña Ana se sentía ya bien, no era malo estar al aire libre.

El silencio de don Fermín y su mirada á las estrellas, indicaron á la dama que se iba á tratar de algo grave.

Así fué. El Magistral dijo:

—Todavía no he explicado á Vd. por qué pretendía yo que fuese á la catedral esta tarde. Quería decirle, y por eso he venido, además de que me interesaba saber cómo seguía, quería decirle que no creo conveniente que Vd. confiese por la mañana.

Ana preguntó el motivo con los ojos.

—Hay varias razones: don Víctor, que según Vd. me ha dicho, no gusta de que Vd. frecuente la iglesia y menos de que madrugue para ello, se alarmará menos si Vd. va de tarde... y hasta puede no saberlo siquiera muchas veces. No hay en esto engaño. Si pregunta, se le dice la verdad, pero si calla... se calla. Como se trata de una cosa inocente, no hay engaño ni asomo de disimulo.

—Eso es verdad.

—Otra razón. Por la mañana yo confieso pocas veces, y esta excepción hecha ahora en favor de Vd. hace murmurar á mis enemigos, que son muchos y de infinitas clases.

—¿Vd. tiene enemigos?

—Oh, amiga mía!: cuenta las estrellas si puedes—y señaló al cielo—el número de mis enemigos es infinito como las estrellas.

El Magistral sonrió como un mártir entre llamas.

Doña Ana sintió terribles remordimientos por haber engañado y olvidado á aquel santo varón, que era perseguido por sus virtudes y ni siquiera se quejaba. Aquella sonrisa, y la comparación de las estrellas le llegaron al alma á la Regenta. «¡Tenía enemigos!» pensó, y le entraron vehementes deseos de defenderle contra todos.

—Además—prosiguió don Fermín—hay señoras que se tienen por muy devotas, y caballeros, que se estiman muy religiosos, que se divierten en observar quién entra y quién sale en las capillas de la catedral; quién confiesa á menudo, quién se descuida, cuánto duran las confesiones... y también de esta murmuración se aprovechan los enemigos.

La Regenta se puso colorada sin saber á punto fijo por qué.

—De modo, amiga mía—continuó De Pas que no creía oportuno insistir en el último punto—de modo, que será mejor que Vd. acuda á la hora ordinaria, entre las demás. Y algunas veces, cuando Vd. tenga muchas cosas que decir, me avisa con tiempo y le señalo hora en un día de los que no me toca confesar. Esto no lo sabrá nadie, porque no han de ser tan miserables que nos sigan los pasos...

Á la Regenta aquello de los días excepcionales le parecía más arriesgado que todo, pero no quiso oponerse al bendito don Fermín en nada.

—Señor, yo haré todo lo que Vd. diga, iré cuando usted me indique; mi confianza absoluta está puesta en Vd. Á Vd. solo en el mundo he abierto mi corazón, Vd. sabe cuánto pienso y siento... de Vd. espero luz en la oscuridad que tantas veces me rodea...

Ana al llegar aquí notó que su lenguaje se hacía entonado, impropio de ella, y se detuvo; aquellas metáforas parecían mal, pero no sabía decir de otro modo

sus afanes, á no hablar con una claridad excesiva.

El Magistral, que no pensaba en la retórica, sintió un consuelo oyendo á su amiga hablar así.

Se animó... y habló de lo que le mortificaba.

—Pues, hija mía, usando, ó tal vez abusando de ese poder discrecional (sonrisa é inclinación de cabeza) voy á permitirle reñir á Vd. un poco...

Nueva sonrisa y una mirada sostenida, de las pocas que se toleraba.

Ana tuvo un miedo pueril que la embelleció mucho, como pudo notar y notó De Pas.

—Ayer ha estado Vd. en el teatro.

La Regenta abrió los ojos mucho, como diciendo irreflexivamente: —Y eso qué?

—Ya sabe Vd. que yo, en general, soy enemigo de las preocupaciones que toman por religión muchos espíritus apocados... Á Vd. no sólo le es lícito ir á los espectáculos, sino que le conviene; necesita Vd. distracciones; su señor marido pide como un santo; pero ayer... era día prohibido.

—Ya no me acordaba... Ni creía que... La verdad... no me pareció...

—Es natural, Anita, es naturalísimo. Pero no es eso. Ayer el teatro era espectáculo tan inocente, para usted, como el resto del año. El caso es que la Vetusta devota, que después de todo es la nuestra, la que exagerando ó no ciertas ideas, se acerca más á nuestro modo de ver las cosas... esa respetable parte del pueblo mira como un escándalo la infracción de ciertas costumbres piadosas...

Ana encogió los hombros. «No entendía aquello... ¡Escándalo! Ella que en el teatro había llegado, de idea grande en idea grande, á sentir un entusiasmo artístico religioso que la había edificado!»

El Magistral, con una mirada sola, comprendió que su cliente («él era un médico del espíritu») se resistía

á tomar la medicina; y pensó, recordando la alegoría de la cuesta: «—No quiere tanta pendiente, hagámosela parecida á lo llano.»

—Hija mía, el mal no está en que Vd. haya perdido nada; su virtud de Vd. no peligra ni mucho menos con lo hecho... pero... (vuelta al tono festivo) y ¿mi orgullito de médico? Un enfermo que se me rebela... ¡ahí es nada! Se ha murmurado, se ha dicho que las hijas de confesión del Magistral no deben de temer su manga estrecha cuando asisten al *Don Juan Tenorio*, en vez de rezar por los difuntos.

—¿Se ha hablado de eso?

—¡Bah! En San Vicente, en casa de doña Petronila —que ha defendido á Vd.—y hasta en la Catedral. El señor Mourelo dudaba de la piedad de doña Ana Ozores de Quintanar...

—¿De modo... que he sido imprudente... que he puesto á Vd. en ridículo?...

—¡Por Dios, hija mía! ¡dónde vamos á parar! ¡Esa imaginación, Anita, esa imaginación! ¿cuándo mandaremos en ella? ¡Ridículo! ¡Imprudente!... Á mí no pueden ponerme en ridículo más actos que aquellos de que soy responsable, no entiendo el ridículo de otro modo... Vd. no ha sido imprudente, ha sido inocente, no ha pensado en las lenguas ociosas. Todo ello es nada, y figúrese Vd. el caso que yo haré de habi-las insustanciales... Todo ha sido broma;... para llegar á un punto más importante, que atañe á lo que nos interesa, á la curación de su espíritu de Vd... en lo que depende de la parte moral. Ya sabe que yo creo que un buen médico (no precisamente el señor So-moza, que es persona excelente y médico muy regular), podría ayudarme mucho.

Pausa. El Magistral deja de mirar á las estrellas, acerca un poco su mecedora á la Regenta y prosigue:

—Anita, aunque en el confesonario yo me atrevo á

hablar á Vd. como un médico del alma, no sólo como sacerdote que ata y desata, por razones muy serias, que ya conoce Vd.; á pesar de que allí he llegado á conocer bastante aproximadamente á la realidad, lo que pasa por Vd... sin embargo, creo...—le temblaba la voz; temía arriesgar demasiado—creo... que la eficacia de nuestras conferencias sería mayor, si algunas veces habláramos de nuestras cosas fuera de la iglesia.

Anita, que estaba en la oscuridad, sintió fuego en las mejillas y por la primera vez, desde que letrataba, vió en el Magistral un hombre, un hombre hermoso, fuerte; que tenía fama entre ciertas gentes mal pensadas, de enamorado y atrevido. En el silencio que siguió á las palabras del Provisor, se oyó la respiración agitada de su amiga.

Don Fermín continuó tranquilo:

—En la iglesia hay algo que impone reserva, que impide analizar muchos puntos muy interesantes; siempre tenemos prisa, y yo... no puedo prescindir de mi carácter de juez, sin faltar á mi deber en aquel sitio. Vd. misma no habla allí con la libertad y extensión que son precisas para entender todo lo que quiere decir. Allí, además, parece ocioso hablar de lo que no es pecado ó por lo menos camino de él; hacer la cuenta de las buenas cualidades, por ejemplo, es casi profanación, no se trata allí de eso; y sin embargo, para nuestro objeto, eso es también indispensable. Vd. que ha leído, sabe perfectamente que muchos clérigos que han escrito acerca de las costumbres y carácter de la mujer de su tiempo, han recargado las sombras, han llenado sus cuadros de negro... porque hablaban de la mujer del confesonario, la que cuenta sus extravíos y prefiere exagerarlos á ocultarlos, la que calla, como es allí natural, sus virtudes, sus grandezas. Ejemplo de esto pueden ser, sin salir de Espa-

ña, el célebre Arcipreste de Hita, Tirso de Molina y otros muchos...

Ana escuchaba con la boca un poco abierta. Aquel señor hablando con la suavidad de un arroyo que corre entre flores y arena fina, la encantaba. Ya no pensaba en las torpes calumnias de los enemigos del Magistral; ya no se acordaba de que aquel era hombre, y se hubiera sentado sin miedo, sobre sus rodillas, como había oído decir que hacen las señoras con los caballeros en los tranvías de Nueva-York.

—Pues bien—prosiguió don Fermín—nosotros necesitamos toda la verdad; no la verdad fea solo, sino también la hermosa. ¿Para qué hemos de curar lo sano? ¿Para qué cortar el miembro útil? Muchas cosas, de las que he notado que Vd. no se atreve á hablar en la capilla, estoy seguro de que me las expondría aquí, por ejemplo, sin inconveniente... y esas confidencias amistosas, familiares, son las que yo echo de menos. Además, Vd. necesita no sólo que la censuren, que la corrijan, sino que la animen también, elogiando sincera y noblemente la mucha parte buena que hay en ciertas ideas y en los actos que Vd. cree completamente malos. Y en el confesonario no debe abusarse de ese análisis justo, pero en rigor, extraño al tribunal de la penitencia... Y basta de argumentos; Vd. me ha entendido desde el primero perfectamente. Pero allá va el último, ahora que me acuerdo. De ese modo, hablando de nuestro pleito fuera de la Catedral, no es preciso que Vd. vaya á confesar muy á menudo, y nadie podrá decir si frecuenta ó no frecuenta el sacramento demasiado; y además, podemos despachar más pronto la cuenta de los pecados y pecadillos, los días de confesión.

El Magistral estaba pasmado de su audacia. Aquel plan, que no tenía preparado, que era sólo una idea vaga que había desechado mil veces por temeraria,

había sido un atrevimiento de la pasión, que podía haber asustado á la Regenta y hacerla sospechar de la intención de su confesor. Después de su audacia el Magistral temblaba, esperando las palabras de Ana.

Ingenua, entusiasmada con el proyecto, convencida por las razones expuestas, habló la Regenta á borbotones, como solía de tarde en tarde, y dió á los motivos expuestos por su amigo, nueva fuerza con el calor de sus poéticas ideas.

«Oh, sí, aquello era mejor; sin perjuicio de continuar en el templo la buena tarea comenzada, para dar á Dios lo que era de Dios, Ana aceptaba aquella amistad piadosa que se ofrecía á oír sus confidencias, á dar consejos, á consolarla en la aridez de alma que la atormentaba á menudo.

El Magistral oía ahora recogido en un silencio contemplativo; apoyaba la cabeza, oculta en la sombra, en una barra de hierro del armazón de la glorieta, en la que se enroscaban el jazmín y la madreelva; la locuacidad de Ana le sabía á gloria, las palabras expansivas, llenas de partículas del corazón de aquella mujer, exaltada al hablar de sus tristezas con la esperanza del consuelo, iban cayendo en el ánimo del Magistral como un riego de agua perfumada; la sequedad desaparecía, la tirantez se convertía en muelle flojedad. «¡Habla, habla así, se decía el clérigo, bendita sea tu boca!»

No se oía más que la voz dulce de Ana, y de tarde en tarde, el ruido de hojas que caían ó que la brisa apenas sensible aquella noche, removía sobre la arena de los senderos.

Ni el Magistral ni la Regenta se acordaban del tiempo.

—Sí, tiene Vd. cien veces razón—decía ella—yo necesito una palabra de amistad y de consejo muchos días que siento ese desabrimiento que me arranca

todas las ideas buenas y sólo me deja la tristeza y la desesperación...

—Oh, no, eso no, Anita; ¡la desesperación! ¡qué palabra!

—Ayer tarde, no puede Vd. figurarse cómo estaba yo.

—Muy aburrida, ¿verdad? ¿Las campanas?...

El Magistral sonrió...

—No se ría Vd.; serán los nervios, como dice Quintanar, ó lo que se quiera, pero yo estaba llena de un tedio horroroso, que debía ser un gran pecado... si yo lo pudiera remediar.

—No debe decirse así—interrumpió el Magistral, poniendo en la voz la mayor suavidad que pudo.—No sería un pecado ese tedio si se pudiera remediar, sería un pecado si no se quisiera remediar; pero á Dios gracias se quiere y se puede curar... y de eso se trata, amiga mía.

Anita, á quien las confesiones emborrachaban, cuando sabía que entendía su confidente todo, ó casi todo lo que ella quería dar á entender, se decidió á decir al Magistral *lo demás*, lo que había venido detrás del hastío de aquella tarde... No ocultó sino lo que ella tenía por causa puramente ocasional; no habló de don Alvaro, ni del caballo blanco.

—Otras veces—decía—aquella sequedad se convierte en llanto, en ansia de sacrificio, en propósitos de abnegación... Vd. lo sabe; pero ayer, la exaltación tomó otro rumbo... yo no sé... no sé explicarlo bien... si lo digo como yo puedo hablar... al pié de la letra es pecado, es una rebelión, es horrible... pero tal como yo lo sentía no...

El Magistral oyó entonces lo que pasó por el alma de su amiga durante aquellas horas de revolución, que Ana reputaba ya célebres en la historia de su solitario espíritu. Aunque ella no explicaba con exac-

titud lo que había sentido y pensado, él lo entendía perfectamente.

Más trabajo le costó adivinar cómo podía haber llegado Ana á pensar en Dios, á sentir tierna y profunda piedad con motivo de don Juan Tenorio.

«Ana decía que acaso estaba loca, pero que aquello no era nuevo en ella; que muchas veces le había sucedido en medio de espectáculos que nada tenían de religiosos, sentir poco á poco el influjo de una piedad consoladora, lágrimas de amor de Dios, esperanza infinita, caridad sin límites y una fe que era una evidencia... Un día después de dar una peseta á un niño pobre para comprar un globo de goma, como otros que acababan de repartirse otros niños, había tenido que esconder el rostro para que no la viesan llorar; aquel llanto que era al principio muy amargo, después, por gracia de las ideas que habían ido surgiendo en su cerebro, había sido más dulce, y Dios había sido en su alma una voz potente, una mano que acariciaba las asperezas de dentro... ¿Qué sabía ella? No podía explicarse.» Y suplicaba al Magistral que la entendiese. «Pues la noche anterior había pasado algo por el estilo, al ver á la pobre novicia, á sor Inés, caer en brazos de don Juan... ya veía el Magistral qué situación tan poco religiosa... pues bien, ella de una en otra, al sentir lástima de aquella inocente enamorada... había llegado á pensar en Dios, á amar á Dios, á sentir á Dios muy cerca... ni más ni menos que el día en que regaló á un niño pobre un globo de colores. ¿Qué era aquello? Demasiado sabía ella que no era piedad verdadera, que con semejantes arrebatos nada ganaba para con Dios... pero, ¿no serían tampoco más que nervios? ¿Serían indicios peligrosos de un espíritu aventurero, exaltado, torcido desde la infancia?»

«Había de todo.» El Magistral, procurando vencer la exaltación que le había comunicado su amiga, quiso

hablar con toda calma y prudencia. «Había de todo. Había un tesoro de sentimiento que se podía aprovechar para la virtud; pero había también un peligro. La noche anterior el peligro había sido grande (y esto lo decía sin saber palabra de la presencia de don Alvaro en el palco de Anita) y era necesario evitar la repetición de accesos por el estilo.»

Había hablado la Regenta de ansiedades invencibles, del anhelo de volar más allá de las estrechas paredes de su caserón, de sentir más, con más fuerza, de vivir para algo más que para vegetar como otras; había hablado también de un amor universal, que no era ridículo por más que se burlasen de él los que no lo comprendían... había llegado á decir que sería hipócrita si aseguraba que bastaba para colmar los anhelos que sentía el cariño suave, frío, prosáico, distraído de Quintanar, entregado á sus comedias, á sus colecciones, á su amigo Frígilis y á su escopeta...

—Todo aquello —añadió el Magistral después de presentarlo en resumen— de puro peligroso rayaba en pecado.

—Sí, dicho así, como yo lo he dicho, sí... pero como lo siento, no; ¡oh! estoy segura de que, tal como lo siento, nada de lo que he dicho es pecado... sentirlo; peligro habrá, no lo niego, pero pecado, no! Por lo demás (cambio de voz) dicho... hasta es ridículo, sueña á romanticismo necio, vulgar, ya lo sé... pero no es eso, no es eso!

—Es que yo no lo entiendo como Vd. lo dice, sino como Vd. lo siente, amiga mía, es necesario que usted me crea; lo entiendo como es... Pero así y todo, hay peligro que raya en pecado, por ser peligro... Déleme Vd. hablar á mí, Anita, y verá como nos entendemos. El peligro que hay, decía, raya en pecado... pero añado, será pecado claramente si no se aplica toda esa energía de su alma ardentísima á un objeto

digno de ella, digno de una mujer honrada, Ana. Si dejamos que vuelvan esos accesos sin tenerles preparada tarea de virtud, ejercicio sano... ellos tomarán el camino de atajo, el del vicio, créalo Vd., Anita. Es muy santo, muy bueno que Vd., con motivo de dar á un niño un globo de colores, llegue á pensar en Dios, á sentir eso que llama Vd. la presencia de Dios; si algo de panteísmo puede haber en lo que Vd. dice, no es peligroso, por tratarse de Vd., y yo me encargaría, en todo caso, de cortar ese mal de raíz; pero ahora no se trata de eso. No es santo, ni es bueno, amiga mía, que al ver á un libertino en la celda de una monja... ó á la monja en casa del libertino y en sus brazos, Vd. se dedique á pensar en Dios, con ocasión del abrazo de aquellos sacrílegos amantes. Eso es malo, eso es despreciar los caminos naturales de la piedad, es despreciar con orgullo egoísta la sana moral, pretendiendo, por abismos y cieno y toda clase de podredumbre, llegar á donde los justos llegan por muy diferentes pasos. Dispéñeme si hablo con esta severidad; en este momento es indispensable.

Hizo una pausa el Magistral para observar si Ana subía con dificultad aquella pendiente que le ponía en el camino.

Ana callaba, meditando las palabras del confesor, recogida, seria, abismada en sus reflexiones. Sin darse cuenta de ello, le agradaba aquella energía, complacía en aquella oposición, estimaba más que halagos y elogios las frases fuertes, casi duras del Magistral.

El cual prosiguió, aflojando la cuerda:

—Es necesario, y urgente, muy urgente, aprovechar esas buenas tendencias, esa predisposición piadosa; que así la llamaré ahora, porque no es ocasión de explicar á Vd. los grados, caminos y descaminos de la gracia, materia delicadísima, peligrosa... Decía que hay que aprovechar esas tendencias á la piedad y á la contem-

plación, que son en Vd. muy antiguas, pues ya vienen de la infancia, en beneficio de la virtud... y por medio de cosas santas. Aquí tiene Vd. el por qué de muchas ocupaciones del cristiano, el por qué del culto externo, más visible y hasta aparatoso en la religión verdadera que en las frías confesiones protestantes. Necesita Vd. objetos que le sugieran la idea santa de Dios, ocupaciones que le llenen el alma de energía piadosa, que satisfagan sus instintos, como Vd. dice, de amor universal... Pues todo eso, hija mía, se puede lograr, satisfacer y cumplir en la vida, aparentemente prosáica y hasta cursi, como la llamaría doña Obdulia, de una mujer piadosa, de una... *beata*, para emplear la palabra fea, *escandalosa*. Sí, amiga mía—el Magistral reía al decir esto—lo que Vd. necesita, para calmar esa sed de amor infinito... es ser *beata*. Y ahora soy yo el que exige que Vd. me comprenda, y no me tome la letra y deje el espíritu. Hay que ser *beata*, es decir, no hay que contentarse con llamarse religiosa, cristiana, y vivir como un pagano, creyendo esas vulgaridades de que lo esencial es el fondo, que las menudencias del culto y de la disciplina quedan para los espíritus pequeños y comineros; no, hija mía, no, lo esencial es todo; la forma es fondo; y parece natural que Dios diga á una mujer que pretende amarle: «Hija, pues para acordarte de mí no debes necesitar que á Zorrilla se le haya ocurrido pintar los amores de una monja y un libertino; ven á mi templo, y allí encontrarán los sentidos incentivo del alma para la oración, para la meditación y para esos actos de fe, esperanza y caridad que son todo mi culto en resumen...

Anita, al oír este familiar lenguaje, casi jocoso, del Magistral, con motivo de cosas tan grandes y sublimes, sintió lágrimas y risas mezcladas, y lloró riendo como Andrómaca.

La noche corría á todo correr. La torre de la cate-

dral, que espiaba á los interlocutores de la glorieta desde lejos, entre la niebla que empezaba á subir por aquel lado, dejó oír tres campanadas como un aviso. Le parecía que ya habían hablado bastante. Pero ellos no oyeron la señal de la torre que vigilaba.

Petra fué la que dijo, para sí, desde la sombra del patio :



—¡Las ocho menos cuarto! Y no llevan traza de callarse...

La doncella ardía de curiosidad, aventuraba algunos pasos, de puntillas, hacia la glorieta, esquivando tropezar con las hojas secas para no hacer ruido; pero tenía miedo de ser vista y retrocedía hasta el patio, desde donde no podía oír más que un murmullo, no palabras. Sintió que Anselmo abría la puerta del zaguán y que el amo subía. Corrió Petra á su encuentro. Si le preguntaba por la señora, estaba dispuesta á mentir, á

decir que había subido al segundo piso, á los desvanes, donde quiera, á tal ó cual tarea doméstica; iba preparada á ocultar la visita del Magistral sin que nadie se lo hubiera mandado; pero creía llegado el caso de adelantarse á los deseos del ama y de su amigo don Fermín. «¿No le habían hecho llevar cartas *sin necesidad de que lo supiera don Victor?* ¿Pues qué necesi-

dad había de que supiera que llevaban más de una hora de palique en el cenador, y á oscuras?»

Quintanar no preguntó por su mujer; no era esto nuevo en él; solía olvidarla, sobre todo cuando tenía algo entre manos. Pidió luz para el despacho, se sentó á su mesa, y separando libros y papeles, dejó encima del pupitre un envoltorio que tenía debajo del brazo. Era una máquina de cargar cartuchos de fusil. Acababa de apostar con Frigilis que él hacía tantas docenas de cartuchos en una hora, y venía dispuesto á intentar la prueba. No pensaba en otra cosa. Llegó la luz. Quintanar miró con ojos penetrantes de puro distraídos á Petra. La doncella se turbó.

—Oye.

—Señor?...

—Nada... Oye...

—Señor?...

—¿Anda ese reloj?

—Sí, señor, le ha dado Vd. cuerda ayer...

—¿De modo que son las ocho menos diez?...

—Sí, señor...

Petra temblaba, pero seguía dispuesta á mentir si le preguntaba por el ama.

—Bien; véte.

Y don Víctor se puso á atacar con rapidez cartuchos y más cartuchos.

En tanto el Magistral había explicado latamente lo que quería dar á entender con lo de la vida beata.

«Era ya tiempo de que Ana procurase entrar en el camino de la perfección; los trabajos preparativos ya podían darse por hechos; si otras iban á la iglesia, á las cofradías y demás lugares ordinarios de la vida devota con un espíritu rutinario que hacía nulas respecto á la perfección moral aquellas prácticas piadosas; ella, Ana, podía sacar gran utilidad para la ocupación digna de su alma de aquellos mismos lugares y queha-